



JANE CAMPBELL

CEPILLAR AL GATO
Y OTROS RELATOS

Traducción del inglés a cargo de Leonor Saro

IMPEDIMENTA

SUSAN Y MIFFY

El deseo de un viejo es repugnante, pero el deseo de una vieja es todavía peor. Todo el mundo lo sabe. Y, sin lugar a dudas, Susan también lo sabía.

Susan jamás se había pasado de la raya. A pesar de ser indiscutiblemente una mujer del montón, se había agenciado un marido guapo y solvente. Había cumplido con su deber conyugal durante más de treinta años, gimiendo y jadeando, como suponía que hacían todas las mujeres, porque, en realidad, ¿qué sentido tenía el sexo? Susan había concebido a sus hijos sin dificultad y los había traído al mundo con diligencia. Susan, que los quiso con el mismo amor eficiente y algo distante que ella había recibido, sabía que podía considerarse afortunada, porque nunca había tenido grandes problemas en la vida.

Siempre la habían llamado Susan, ni Sue ni Susie: algo en ella exigía un tratamiento formal. Mostraba cierto aire de indiferencia, como si estuviera por encima del común de los mortales. Susan se hallaba en su cama del ala hospitalaria de la unidad geriátrica, con el pelo recién peinado y un libro de bolsillo (uno de los primeros en la lista de los más vendidos)

entre sus pulcras manos cuando, dos semanas después de su octogésimo sexto cumpleaños, reparó en una joven que venía a cambiar una bombilla y sintió el deseo agitarse en sus marchitas entrañas.

Esta última frase no solo es un cliché imperdonable, sino que además no es del todo cierta. Como todo el mundo sabe, el deseo se manifiesta de formas muy distintas, y si encima se trata de algo completamente nuevo para nosotros, todavía tenemos que aprender a reconocerlo. En el caso de Susan, las lágrimas brotaron repentinamente de sus ojos y su corazón empezó a latir de forma inusitada. «Será que estoy mayor», se dijo, porque siempre se sentía mejor cuando conseguía dar una explicación a las cosas. «A lo mejor me estoy muriendo». Y pensó, como de costumbre, que la muerte sería la mejor solución para un montón de problemas.

Sin embargo, mientras desestimaba sus verdaderos sentimientos, sus ojos volvieron a fijarse en los brazos largos y bronceados de Miffy, tan suaves y brillantes como el almíbar, que se estiraban intentando alcanzar el casquillo, y en el pelo largo y dorado que le caía por la espalda mientras trataba de colocar la bombilla en su sitio. Después, recorrió con la mirada el cuerpo de Miffy, que se contoneaba y se meneaba con el esfuerzo de la tarea: pasó por sus pechos, su cintura, su vientre, y descendió luego por sus muslos, pensando: «Así que esto es la juventud».

Se dio cuenta de lo hermoso que puede ser un cuerpo joven: esbelto, proporcionado, lleno de curvas perfectamente diseñadas, flexible, grácil; en una palabra, milagroso. Empezó a preguntarse si era posible que ella hubiera tenido ese aspecto en otro tiempo. Y, enredado con estos pensamientos, emergió un sentimiento distinto y muy preocupante: Susan deseaba tocar a Miffy. Tocarla entera. Quería estirar las manos y deslizarlas por los pechos de la joven, por su espalda, por la curva de su cintura y de sus caderas, hasta llegar a... En

ese momento, Susan se obligó a parar. Sentía vergüenza, una profunda vergüenza consustancial a su condición de mujer británica protestante de clase media, que había marcado toda su educación. Sabía lo importante que era ser, ante todo, una dama. No era apropiado, de ningún modo, pensar de determinada manera, ni vestir ni comer ni hablar de determinada manera. Y esta clase de fantasías eran escandalosa e indefectiblemente intolerables. Estaban mal y punto, se dijo. Eran asquerosas. Susan apartó los ojos de Miffy, que por fin había conseguido enroscar la bombilla, y clavó la mirada en las páginas de su insípida novela.

Hay que decir que, quizá porque en cierto sentido siempre había estado un poco desaprovechada, Susan era en su vejez mucho más atractiva que en su juventud. Tenía la fría virtud de la porcelana intacta, como si hubiese estado encerrada en una vitrina tras una puerta de cristal; en realidad, podría decirse sin faltar a la verdad que, en muchos sentidos, nunca la habían tocado. Era una mujer menuda, con un corte de pelo impecable, y, como fiel testimonio de lo que había sido su vida, puesto que siempre había llevado guantes de goma para hacer todas las tareas del hogar, sus manos eran aún jóvenes, sus dedos delicados, y sus uñas suaves y rosas.

Fueron precisamente esas manos que sujetaban el libro las que atrajeron la mirada de Miffy mientras se recomponía, colocándose bien el uniforme y riéndose por el esfuerzo que había tenido que hacer. Después miró la mesita de noche, con el vaso de agua, la jarra, el peine, todo perfectamente colocado; vio el espantoso libro y el rostro cansado y ansioso que se inclinaba sobre sus páginas y luego volvió a fijarse en sus manos, consciente por primera vez de que aquel andrajo de persona había sido en otro tiempo una mujer delicada y encantadora.

Era como si estuviera cerca de una hoguera y una pequeña chispa hubiera salido disparada por el aire y hubiera aterrizado

justo en el centro de su pecho, incendiando su corazón y encendiendo con su calor un resplandor de compasión.

Se acercó a la cama de Susan y se puso a hacer esos gestos inmemoriales de cuidado y preocupación como ahuecar almohadas, alisar las sábanas, remeter la manta y apartar de la colcha cualquier cosa que pueda incomodar o molestar al ocupante de la cama. Y mientras hacía todo esto, dijo:

—¿Cómo se encuentra hoy, señora Stallworthy?

Susan, como heredera y defensora del orden jerárquico, no consideraba apropiado fraternizar con el personal, pero se sintió obligada a responder:

—Muy bien, gracias, Miffy. Te ha costado trabajo cambiar esa bombilla, ¿eh?

Miró la mano de Miffy, apoyada en el áspero tejido de la desgastada manta de hospital, y recordó que hacía mucho tiempo, como un premio excepcional, le dejaban pedirse una tostada con mantequilla caliente y sirope dorado de Lyle a la hora del té, y la mantequilla que goteaba de la tostada bajo el brillo del sirope líquido era exactamente del mismo color que la piel de Miffy. Tuvo que hacer un esfuerzo para no estirar la mano y tocarla, e incluso, pensó desconcertada, para no llevársela a la boca.

Susan bajó la mirada, temiendo que Miffy pudiera percibir el deseo en sus ojos, pero Miffy se estaba riendo.

—No me haga hablar. Nos dijeron que llamáramos al de mantenimiento, pero habríamos tenido que esperar varias semanas. Y no podemos estar sin luz, ¿verdad, señora Stallworthy? —Después, mirando la tarjeta con su nombre sobre la cama de Susan, añadió—: ¿Puedo llamarla Susan?

La voz de Miffy era suave y cadenciosa, y acentuaba la segunda sílaba de su nombre. A Susan le encantaba cómo sonaba en sus labios.

—Yo te llamo Miffy —respondió sonriendo.

Así pues, resultó que la hoguera era real y estaba bien encendida, y las dos mujeres corrían ahora el riesgo de ser devoradas por las llamas. Sin embargo, nada de esto estaba tan claro al principio. Lo único que Miffy pensaba mientras salía de la habitación era en lo dulce y triste que era Susan, y en cuánto le gustaría poder consolarla y cuidar de ella. Entretanto, Susan miraba la bandeja de la merienda que le habían puesto delante, intentando recordar cómo era estar sentada con los ojos fijos en ella antes de su encuentro con Miffy, porque Susan tenía una mente analítica y sabía que le había sucedido algo irreversible. Si hubiera sabido que era amor, se habría sorprendido mucho; si le hubiesen dicho que no era más que deseo, se habría horrorizado. Por suerte, el deseo continuó ocultándose bajo una urgente necesidad de volver a ver a Miffy, acompañada de la débil y melancólica esperanza de poder tocarle la mano la próxima vez. Como era una persona recelosa por naturaleza —aunque quizá «reservada» sería una palabra más exacta—, estaba acostumbrada a no hablar de sus sentimientos. Sin embargo, al igual que todos los amantes que se han topado por primera vez con sus gloriosas emociones, también estaba exultante por el descubrimiento y deseosa de compartirlo.

Al día siguiente, Stephen fue a visitar a su madre. Stephen era un hombre cuidadoso. Trabajaba como economista en Ginebra para la ONU. No podía hablar mucho de su trabajo, pero, como era muy parecido a su madre, aquello no le suponía ningún problema. Estaba casado con Cynthia, una mujer corriente pero amable.

—Pobrecilla —había dicho Cynthia en un tono muy razonable—. Necesita visitas. Debe de ser lo único que la anima un poco.

Susan nunca había prestado mucha atención a los motivos de su encarcelamiento en lo que ella consideraba un asilo de ancianos. Sabía que lo más sensato era que estuviera allí, y sabía que sus hijos habían elegido aquel lugar con el máximo cuidado. En los meses anteriores había tenido un par de caídas, y los médicos sospechaban que había sufrido un pequeño derrame cerebral. Las pruebas lo confirmaron.

Tampoco había prestado nunca mucha atención a su cuerpo, salvo para mantenerlo limpio y adecuadamente vestido. Ahora lo miraba con consternación. Veía cómo su piel surcada de arrugas colgaba de sus brazos en pliegues resecos, y cómo la piel de sus muslos se agrietaba formando parches escamosos. Tenía el vientre cubierto de delgadas capas de carne pálida como consecuencia de los cinco kilos que había perdido tras su primera caída. Aunque la hipótesis inicial había sido «un pequeño accidente isquémico transitorio», como decían los médicos, había empezado a perder mucho peso y se llegó a mencionar la palabra que empieza por *c*. Antes pensaba que sería un alivio desprenderse de ese caparazón tan poco grato, pero, ahora que se había convertido en el único medio que tenía para relacionarse con Miffy, no quería perderlo. La preocupación y la repugnancia se confundían en una desafortunada combinación. La idea de preguntarle a Miffy si podía darle la mano la hizo sentir repentinamente avergonzada de aquel cuerpo feo y deforme. Tales son los peligros del amor y del deseo. Sería mejor no sentir nada en absoluto, pero era demasiado tarde para Susan. El fuego ya había prendido.

Se preguntaba si podría contarle algo de esto a su hijo, que indudablemente la quería mucho y se preocupaba por ella. Stephen, ajeno a las tumultuosas emociones de su madre, la miraba con cariño.

—¿Cómo estás, mamá? ¿Todo bien por aquí? ¿Te cuidan?

—Sí, muy bien. Algunos miembros del personal son muy agradables.

—¿Has estado hablando con ellos? —Parecía sorprendido.

—Hay una jovencita de prácticas...

—Espero que tenga la debida cualificación. No quiero que te cuide cualquiera, mamá.

—No te preocupes. Está aprendiendo los entresijos del trabajo. Habla con los ancianos... —La voz de Susan se desvaneció.

—Avísame si se toma demasiadas confianzas. No quiero que se pase de la raya.

—¿Estoy muy enferma, Stephen?

—No te preocupes por eso. Tú céntrate en recuperarte.

Susan lo miraba fijamente desde detrás de la barrera que los separaba: los años de afecto indiferente y conversaciones poco exigentes, lejos de cualquier forma de intimidad o conflicto. Stephen le dio una palmadita en la mano.

—Le voy a decir a Mickey que venga a verte. Él sabe mucho de estas cosas.

Mickey, su hijo pequeño, era abogado. Aunque nunca lo había expresado abiertamente, era su favorito en muchos sentidos. Él también había heredado el estilo reservado de Susan, pero cuando Gerald se enfadaba con ella, siempre era él quien salía en su defensa y decía: «Vamos, papá, déjalo. Es mamá. No lo hace con mala intención».

¿Era verdad? ¿Nunca había hecho nada con mala intención? Era difícil saberlo.

Mientras Susan luchaba con estas nuevas sensaciones, Miffy disfrutaba de otras que le eran muy familiares. Desnuda, sentada en la cama con las piernas cruzadas, observaba a su novio mientras se duchaba. Húmeda de amor y de deseo, echaba la cabeza hacia atrás y se pasaba las manos por el pelo enmarañado, por el sencillo placer de sentir los dedos masajeando su